

## El inverosímil viaje de mis rosquillas de Alhama a territorio sudamericano

Nutricionalmente hablando, las rosquillas de Alhama no son nada especial, harina, sal, levadura, agua y aceite. Eso sí, tienen una forma única en el mundo, no es redonda ni cuadrada, no son ovals ni estrelladas, son curiosamente alargadas como un circuito de fórmula 1. El calor del horno las deja deliciosamente crujientes y han tenido la dicha de acompañar a los alhameños desde la época mala de los años 50. Surgió como todo lo bueno de una pura ocurrencia popular y muy pronto tuvieron una excelente aceptación local. Ellas han acompañado desde siempre el quehacer culinario del alhameño.

El otro día, aprovechando una subida a Alhama compre dos docenas teniendo la certeza que no las iba a comer todas antes del viaje a Bogotá pero llevaba tantos días sin ellas que no pude evitar el exceso. “Dejaré una docena en el cajón de la cocina para que cuando regrese de mi largo viaje tenga el placer de verlas aunque no las pueda comer”.

Para el día donde debía coger el avión solo me quedaban 5 de una docena. Con las prisas apenas pude desayunar y pensé llevarlas al aeropuerto donde ya con el equipaje facturado las podría saborear mejor, sin importar que tuviera que tirar las que no comiera. Ver la humilde rosquilla de Alhama en un aeropuerto me parece un contraste muy fuerte y por eso se me antojó que la experiencia culinaria sería de lo más sugerente.

En plena espera del vuelo, sin apenas ganas de comer y frente al control de la policía se me ocurrió una travesura ¿serían capaces las rosquillas de pasar el control? Me dije “todo lo que puedo perder es que las echen junto a todas esas cosas que substraen a los viajeros”. Imaginé allí a mis pobres rosquillas rotas como huesitos quebrados por tantos objetos que le echarían encima “a ver si piensa esta gente que llevo un objeto punzante escondido entre la masa”. Tiré para adelante y a la otra parte del escáner allí estaban esperándome sin que se activara ningún aviso sonoro.

Alborozado de tanta suerte, un rato después, allí estaba yo, en mi asiento de ventanilla y la bolsa de las rosquillas bamboleándose chulas frente a mí. Una parte bonita de Alhama llevaba a mi lado y eso daba un aire

más familiar al siempre ambiente distante de los vuelos. Me daban como mayor seguridad y tranquilidad.

Cuando el avión despegó no fue la sensación de siempre ¡ahora iba yo al lado de mis rosquillas! Así a su lado, pude ver con alivio como me alejaba de la universidad, ese lugar donde hecho horas y horas de trabajo, pude ver clara la muesca del río Andarax y su desembocadura, las lindas playas del Zapillo, la forma triangular de la mancha de construcciones que es Almería, la autovía y sus rotondas, el camino de la Campita por donde hace años se subía andando a Alhama y ahora lo subo yo por deporte, ese camino que sube ya muy erosionado por el tiempo donde se intuye más que se ve. Al fondo se veía Alhama como una mancha de cal en la ladera del cerro Milano, los sorprendentes roales verdes de pino de repoblación plantados en medio de las hambrunas de los años 50 alrededor del cerro Sacromonte: al fondo la Mesa Contrata, ese soberbio tepui venezolano trasplantado a territorio alhamaño. De pronto lo vía así: a más de mil metros de altura con mis rosquillas y mis cerros alhameños formando un todo que me ponían una gran sonrisa en la boca y me hacía sentir una congoja intensa. Después sin cesar de mirar por la ventanilla ví la sierra de Gádor, las pistas forestales que la cruzan, “que pena que la mayoría de las comunicaciones peruanas no sean mejores que estas pistas” pensé, el milenario valle del Andarax, la estribaciones de Sierra Nevada, los lindos pueblitos alpujarreños, Fondón, Laujar, Alcolea, Paterna del Río, Laroles, Cherin, Bayarcas, más al fondo el pantano de Beninar, más acá el puerto de la Ragua, imaginé mis vivencias por cada uno de esos sitios, bebiendo agua de la fuente del Fondón, subiendo los Cerecillos hacia el cerro Almirez desde Laujar, ayudando a sacar la miel de los paneles hace ya más de 50 años al sabio amigo de mi padre Antonio de Churra en aquel especie de campamento gitano que montamos cerca de Paterna del Río, subiendo en bici junto a Juanma en aquellos 4 días memorables desde Almería a los pueblos alpujarreños pasando por el pantano de Beninar, en aquel año del 83 cuando ganó por primera vez las elecciones la izquierda, el asado de castañas que hicimos en la cuenca del Barranco de Bayarcal, la subida el cerro el Chullo junto a Andrés en un tiempo record desde el puerto de la Ragua ... volaba yo envuelto en tantas aventuras, cuando el carrito de las azafatas pasaban repartiendo algo para pasar el rato “ya están con sus pequeñeces comestibles llenas de

conservantes que tan poco me provocan” pensé pero después cambié de idea “tengo aquí mis rosquillas de Alhama y si pido un café con leche la experiencia podría ser inolvidable” Así fue, viendo los retazos secos e irregulares que componen el territorio español fui disfrutando lento de esa combinación desigual que son las rosquillas con el café. Me supo a gloria.

Todo iba genial cuando me asaltó una preocupación ¿pasaran las rosquillas los severos controles de aeropuerto madrileño de Barajas? Ese pensamiento me dejó colgado en las alturas y poco a poco se fue superponiendo a otro “la geometría de los retazos que dividen el territorio me parece hablar de la historia de cada rincón, los más pequeños me hablan de zona pobre, de reparto igualitario, los más grandes de caciques, expolios, marqueses, frailes, de poder, imposición ...” caramba! que tanto pensamiento oscuro intentaron fastidiarme el buen día y más aún cuando ví de pronto en un barranco a un grupo de falangistas tirando a pobres campesinos al vacío en medio de tanto atropello humano como hubo durante la guerra civil y más adelante ¡que canallas! ¡qué fea es la derecha! Pensé Uffff por momentos me sumergí en mis miedos más oscuros pero el suave vaivén del plástico colgado, con mis rosquillas dentro, me sacó del pozo.

No solo atravesé los controles del aeropuerto de Madrid sino que, y una vez subido en otro avión más grande que me llevaba a Bogotá, pude disfrutar de una nueva rosquilla no sin antes sorprenderme que aún no se había roto ninguna a pesar de ser unas de las cosas más frágiles que conozco. Ya solo me quedaban 3 y la certidumbre que iba a comer rosquillas de Alhama en territorio sudamericano algo que en ese momento lo veía con el alborozo de una gran proeza ¡dios mío! Los territorios de las arepas, las empanadillas, la panela, los sancochados, las humitas y los tamalitos, viéndome comer humildes rosquillas del Alhama ¡no lo podía creer!

No hubo suerte. Al llegar al aeropuerto de Bogotá se juntaron los pasajeros de 4 vuelos simultáneamente, lo que hizo que tardáramos mucho tiempo en pasar los controles, aún así, a pesar del gentío logré que las rosquillas siguieran con su forma original alargada pero justo en el último control cuando hubo que poner en una cinta gigante las pertenencias y a la salida del túnel del escáner mi gran maleta cayó sin piedad sobre la pequeña bolsa de las rosquillas haciéndola migitas. Me

apresuré a quitarla de encima lo antes que pude pero ya era tarde, sólo quedaban unos trozos y el resto desmigajado de mis 3 rosquillas. Con optimismo garcíamarquiano me consolé pensando que todavía tenían el mismo sabor que las originales y la misma textura y el mismo sonido crujiente pero eso no fue suficiente para que un halo melancólico fuera conmigo hasta que, al día siguiente, acompañando a un succulento, maduro y delicioso banano pudiera recordar que era la misma sagrada experiencia de sabores y sensaciones que, cotidianamente, tenía en mi casa desde siempre con las rosquillas de Alhama. Ahora veo claro que ellas no están hechas para atravesar las inclemencias de un aeropuerto.